

## Por la paz en España

*Jueves, 14 de abril de 1938*

Con motivo del sexto aniversario de la reunión de las Constituyentes republicanas españolas, —acontecimiento que tuvo lugar en la fecha simbólica del 14 de julio de 1931—, dirigí desde las columnas de *L'Ère nouvelle*, un llamamiento al patriotismo español, bajo el título «La paz es un deber». Ahora debo alzarme con más fuerza y decir a todos, notablemente a los partidos españoles, que la prolongación de la guerra sería, de una parte y otra, un crimen, el más espantoso de nuestra historia.

Dejemos completamente de lado las deliberaciones ralentizadas de la diplomacia, y examinemos el fundamento moral del derecho de beligerancia, en la conciencia misma y según la autoapreciación de aquéllos que combaten y sostienen una guerra. No se tiene derecho a perseguir una guerra sin necesidad y eficacia, sin esperanza de vencer.

Se puede admitir, bajo la influencia de tradiciones e incluso de prejuicios, la necesidad de salvar el honor de un país o la dignidad de un poder, aceptando una lucha sin esperanza. Pero una vez acometido ese gesto, además bastante discutible, el deber político y patriótico, el deber a toda costa, es no continuar las guerras que se muestran tan inútiles como ruinosas. Es el deber, y es, al mismo tiempo, el verdadero coraje de llevarlo a cabo.

¿Qué necesidad, o qué esperanza, justifica aún prolongar la guerra en España? ¿Acaso la posibilidad del milagro que, rechazado como dogma, acariciamos como ilusión desesperada?

Pero nosotros hablamos claramente, sin ambigüedad, sobre lo que llamarnos «la esperanza del milagro», esa esperanza sólo es el desencadenamiento de la guerra universal, felizmente improbable, e indiscutiblemente castastrófica.

No hay derecho a añadir a un litigio comprometido otro proceso universal, poniendo en riesgo a toda nuestra civilización: o peor aún, un último enjuiciamiento histórico, que tiraría a Europa y al mundo, vencedores y vencidos, al infierno, donde la muerte sería despiadada y la vida imposible.

Tal locura criminal no puede moralmente ser hecha en nombre de la Repú-

blica española. Ésta, en el artículo 6 de su Constitución, renunciaba a la guerra como instrumento de política nacional, es decir, para el ideal y el interés de todos los españoles. ¿Podría ésta provocar una guerra exterior universal, apocalíptica, al servicio de una querrela partidaria de clase, de ideología, de partido, de ambiciones, que opone los españoles los unos contra los otros?

No hay nada más que ganar o que esperar de la prolongación de la guerra, reducida sólo al territorio español. No se puede decir que se lucharía hasta el final por la República, por la democracia, por la libertad y por la justicia social. La verdad evidente y desnuda: es que la prolongación de la guerra ha perjudicado progresivamente a todos esos nobles ideales: sólo sirvió para favorecer el dominio de la reacción fascista en España, en su vida interior igual que en sus relaciones exteriores. Ya pasó el momento de repetir, sin originalidad y quizás sin necesidad, unas jactancias vacías y desacreditadas sobre «el último hombre», «la última casa» y «el último miligramo de oro» a sacrificar. Son malas páginas que la literatura rechaza como vulgares y que la historia guarda como criminales.

Tampoco se puede decir que, estando ya todo comprometido o perdido, no queda nada que salvar o evitar. Aún queda mucho que salvar, y hay que hacer lo necesario. Hay centenares de miles de vidas que salvar. Hay aún monumentos gloriosos no destruidos y obras de arte no convertidas en municiones. Hay una parte muy grande de la riqueza nacional a conservar para aliviar la miseria de todos, empezando por los más pobres, hay que evitar que, para miles de pueblos y para centenares de ciudades, la ocupación por los ejércitos no esté marcada por la destrucción y la ferocidad.

Existe aún la posibilidad de permitir, o por el contrario de envenenar más la coexistencia nacional y las relaciones exteriores amistosas. El buen camino es el de no prolongar la guerra, porque la clarividencia y la justicia generosa de la conciencia popular perdonan a fin de cuentas los destrozos producidos para ganar una lucha, pero no se olvidan jamás de una ruina causada fríamente, deliberadamente, por la continuación de una guerra de agotamiento sin otras esperanzas.

No hay que desacreditar de manera absoluta en el mundo de las fuerzas y de las tendencias de significación universales. Eso es posible, y es imperativo obtener como precio de la paz unas condiciones más favorables, o menos duras, para todos los intereses del progreso y para su suerte en el porvenir. Y, por otro lado, convendría pagar ese precio de la paz con justicia y con sabiduría, sin enredar demasiado sobre el valor de la desaparición de la resistencia.

Lo más generoso sería ofrecer la paz; también sería lo más sabio. Lo más valiente es mirar de frente la realidad de los hechos provocados, y aceptar la consecuencia, el detenimiento del destino, que cada uno encuentra demasiado duro, pero que a menudo no es injusto o inmerecido.

Pero, fuera de los combatientes, o en defecto de éstos, ciegos por la lucha, ¿no existirían voces españolas autorizadas para reforzar mi llamamiento emocionado? Y en el mundo entero ¿acaso no existirían tampoco fuerzas morales para proponer la paz en España?